

"Political Trends in Brasil" está escrito claramente. Es sustancialmente objetivo, un volumen mediano, pero de espeso contenido. Sería deseable que un volumen sobre el Brasil pudiera cubrir más que material sobre política en el sentido más estrecho. Una más completa apreciación del país podría surgir si los personajes políticos se discutieran como seres humanos, con sus antecedentes y aspiraciones, los efectos del clima, de la geografía, de los haberes, las contribuciones literarias, la música, la arquitectura y la pintura, la labor de los diplomáticos brasileños en el extranjero, y siluetas personales de hombres de las diferentes clases sociales y su relación con la política así como con el gran Brasil en todas sus disciplinas. Tarea ingente, pero cuando la hayamos hecho, estaremos más cerca de una apreciación íntima del total logro brasileño y de su potencial para el futuro.

La política brasileña, desde el Imperio hasta el presente, se resume en una capítulo. Otros se dedican a un estudio detallado de los partidos políticos desde 1945, la elección presidencial de 1960, Brasil y el mundo, y las conclusiones bajo el título *¿Que camino tomar?* Hay bibliografía e índice temático. De Dubnic es profesor asociado de Gobierno y Relaciones Exteriores en el Departamento "Woodrow Wilson" de esa disciplina en la Universidad de Virginia.

EDISON H. PLEASANTS

Consuegra José. *El control de la natalidad como arma del imperialismo*. Buenos Aires, Editorial Galerna. 1969. 239 p.

Especializados en este campo demográfico, y habiendo trabajado recientemente en Colombia, de donde es el autor y donde se publicó por vez primera su obra, la acogimos con interés, esperando encontrar en sus páginas un análisis profundo de este problema desde el punto de vista marxista, en que se sitúa José Consuegra.

Pero ya las primeras páginas nos muestran el espíritu de la obra. En la p. 19 el autor se pregunta despectivamente si vale la pena detenerse a refutar enemigos tan despreciables, y se excusa por hacerlo para contrarrestar la propaganda enemiga.

Sin duda hay maníacos y explotadores que exageran el problema, o lo utilizan de pantalla para ocultar sus manejos, y poco basta en efecto para ponerlos en su sitio. Pero constituye un enorme desenfoque confundir el problema real con el uso que de su nombre puedan

hacer tales personas. Y el autor parece, en grado asombroso, ignorar sus dimensiones reales y el gran número de escritores y actores contemporáneos cuya posición, no siendo extrema, pero sí en favor de un cierto control natal, resultaría más difícil (si posible) de refutar. Caricaturizar a todos los adversarios identificándolos con los extremistas, puede ser a veces buena táctica política a corto plazo, pero científicamente es siempre desastrosa. Así, cuando el autor afirma que "los neomalthusianos dicen que el problema se limita a los países subdesarrollados" (p. 31, ver p. 118) demuestra ignorar, aparte del "pequeño detalle" de que el crecimiento demográfico es *varias veces* superior en estos últimos países, que el crecimiento demográfico de los países desarrollados, aun siendo mucho menor, ha sido denunciado por "neomalthusianos" que ven en él una *real* arma del imperialismo (como comprendieron Hitler, Mussolini y otros). Bastaría dar una ojeada a Day, Hauser, Vogt, Bouthoul, etc., para saberlo.

Para "ajustar" los hechos a su tesis, el autor trae informaciones tan parciales que no se pueden calificar sino de falsas, sobre países socialistas como Rusia y China, donde en la práctica e, incluso, en teoría el control natal crece constantemente. De Cuba afirma que aumentan los matrimonios, lo que es verdad, pero se guarda de añadir que *a pesar* de eso baja la natalidad, que Cuba recibe contraceptivos de China y técnicos en planificación familiar de Chile, etc. ¿Es sólo ignorancia este silencio unilateral?

No deja de ser también curioso —aunque Colombia no tuvo que esperar a Althusser para descubrir un "marxismo religioso"— que el autor parezca dejar sin más el aspecto moral de la cuestión a la Iglesia Católica (p. 13), temiendo (p. 111) que el control natal lleve a la corrupción de costumbres (¿incluso en Rusia y Cuba? pues, nos preguntamos); también recurre a un viejo filósofo católico como H. Guitton para amenazar con falta de inventativa a los países que envejezcan controlando su población (aunque después refute justamente él mismo la falta de espíritu de empresa como explicación subjetiva del subdesarrollo, en p. 183); ni siquiera se priva del no menos Católico C. Clark, apoyándose en su promesa de vivir en satélites si somos muchos (p. 129): declaraciones que el demógrafo ruso Uralnis lamentaba que pudiera haber quien tuviera la irresponsabilidad de proferirlas.

También nos vemos obligados a notar que Consuegra dedica su libro a "las madres latinoamericanas", pero que, aunque en él se trata de cosas muy alejadas del tema, no se dedica ni una línea a explicar por qué, según todas las encuestas, la inmensa mayoría de esas madres NO están de acuerdo con él, y quieren el control natal.

Así, pues, se une a una gran reverencia exterior un gran desprecio respecto de sus sentimientos, actitud que, como antaño, las sacrifica *caballerosamente* a una fecundidad estéril, al pulular de una "vida humana" inhumana. No excluimos *a priori* que el pueblo pueda estar alguna vez engañado en sus intereses (aunque Bolívar decía que "sólo el pueblo conoce su bien"), pero en ese caso quien hace profesión de estar con él lo menos que puede hacer es tener en cuenta su actitud y explicarla, no simplemente ignorarla y pasarla por alto.

Siendo economista el autor, podríamos pensar encontrar más valor en sus argumentos económicos a este respecto. Veámoslos pues. Nos encontramos primero con que "insensato y temerario sería hablar de explosión demográfica en América Latina, con una densidad de 12 habitantes por kilómetro cuadrado, mientras que en Europa es de 90" —quien dude de que se pueda expresar sin más aclaraciones una concepción tan "aérea" y estática, puede encontrarla en la p. 22; mucho más adelante, en p. 38, el autor parece acordarse del *ritmo* de crecimiento, pero esto es sólo buscando desesperadamente cifras "en su favor", cuando dice que algunas naciones, como Venezuela, crecen más económicamente a pesar de su alta tasa de natalidad que otras como Argentina. Apenas es necesario recordar aquí, que buscando, *siempre* se encuentra algunos casos que parezcan favorecer *cualquier* tipo de correlación, pero resulta poco... científico presentar pocos casos rebuscados como si fueran la regla, sin preocuparse siquiera por explicar la gran mayoría de "excepciones" (aunque no dudamos que la tarea es entonces árdua). Y aquí, Josué de Castro, a quien tanto cita Consuegra, muestra cómo, prácticamente, siempre, a mayor natalidad hay menos ingresos y menor ritmo de crecimiento económico.

También parece impresionante que se cite hoy como autoridad a un mercantilista como Bodin, pero al parecer basta que sea poblacionista a ultranza. También se cita al Alberdi del siglo XIX argentino, con su famoso "gobernar es poblar", sin duda extraordinariamente adecuado para su época y país, pero cuya autoridad no sólo no puede ser legítima en regímenes económicos y demográficos muy diferentes, sino que *nada tiene que ver* con el control natal, pues su modo de poblar no era aumentando la natalidad —lo que parece ignorar también el Sr. Consuegra— sino por inmigración.

Más grave aún, humanamente hablando, nos parece citar con aprobación a un Cannan que se declara poblacionista porque así "el trabajo será abundante y barato". Es el colmo que un autor que se dice marxista apoye la "paupericultura", la explotación del hombre mediante la inflación de los efectivos poblacionales. Ni se puede considerar éste

como un mero desliz del autor en este punto, como se verá a continuación. En efecto, nosotros comprendemos que, como dijo en una discusión pública en la Universidad de los Andes, de Bogotá, un senador conservador colombiano, pueda despreciar la vida de la "plebe" deseando que haya mucha para así "colonizar el Amazonas" (ya que sin un costosísimo equipo, impracticable en cualquier régimen, tal colonización masiva, como un mero lector de Asturias y Rivera puede comprender, es inhumana); pero no nos resulta aún tan fácil comprender que un autor "de izquierda" apunte también en esa dirección, como lo hace, por ejemplo, en la p. 96. Este colonialismo real interno recuerda el de los franceses en Argelia, enviando a los musulmanes "a colonizar el desierto". A veces, cuando el pueblo es *suyo*, los dirigentes (políticos o intelectuales, y no sólo, como se ve, de derechas) no muestran mayor humanidad; y si resulta duro tener que oír esto, más lo es para esa "plebe" tener que soportarlos.

Otro argumento "económico" del señor Consuegra es que se ha tenido que fundar la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio precisamente porque hay pocos para el mercado (p. 121). ¿Cómo es posible que un economista latinoamericano no diga nada, en ese contexto, de la diferencia entre número de población y poder adquisitivo, para no hablar de la correlación inversa entre el aumento de población y la posibilidad de adquirir productos industriales? Una vez más el autor da la impresión de estar hablando sólo para "los de casa", conquistados de antemano a la conclusión y desprovistos del más mínimo espíritu crítico...

Citemos un último ejemplo, un "argumento teórico" basado en una cita de E. Roll, según el cual "La ley de los 'rendimientos decrecientes' quedó claramente refutada en cuanto principio dinámico; su lugar en la economía contemporánea es el de una ley que sólo puede tener vigencia en la situación ideal de equilibrio estacionario". El "claramente refutada" sugiere que la ley no tiene ninguna "vigencia" (la imagen legal no admite grados) sino en condiciones ideales, evidentemente irrealizables. Fórmula mágica que acabó con el problema real mediante una nueva distinción escolástica.

El cuarto y último capítulo de la obra, "los obstáculos al desarrollo", presenta algunos datos interesantes, pero evidentemente no corresponde al tema central, del que tantos puntos fueron discutidos brevemente (y menos que superficialmente) cuando no simplemente omitidos. No sería quizá difícil interpretar esta parte como un intento inconsciente de "compensar" la falta de peso del resto; fenómeno éste relativamente frecuente entre escritores.

Concluyendo, notemos nosotros que, sin duda, no pretendemos atribuir al autor la *originalidad* de cuantos enfoques se encuentran, a nuestro juicio, en su obra. No olvidemos que la demografía es un campo subdesarrollado en todos los países y en todas las ideologías. Pero por eso requiere también un esfuerzo de reflexión más auténticamente *propio* por parte de los países de máximo crecimiento demográfico, donde este factor agrava el subdesarrollo económico y perpetúa el subdesarrollo político; aunque en esto último también creemos que, con el autor, yerra la mayoría de la izquierda, ignorando en qué régimen poblacional surgieron las verdaderas revoluciones y en cuáles los fascismos, cómo fueron socialistas quienes *prácticamente* (y no sólo demagógicamente) propugnaron el control natal, y cómo la derecha siempre lo persiguió, etc. Se impone, pues, una revisión profunda de la estrategia social, especialmente en este campo; de lo contrario, con tales amigos, no hace falta enemigos.

MARTÍN SAGRERA CAPDEVILA

Horowitz, Irving Louis, Ed. *Masses in Latin America*, New York, Oxford University Press, 1970. 608 p.

Este libro quiere apartarse del modo subjetivo que preside el enfoque de la problemática latinoamericana por parte de posturas exclusivamente ideológicas. En la presentación, Horowitz se queja al respecto, al mismo tiempo que pone el remedio: su obra, "quizás la única" en el gran vacío de objetividad. Desde un principio se sientan las bases constantes que se repiten a lo largo del libro. Por ejemplo, se establece de entrada la distinción entre "clase" y "masa". Esta última se diferencia respecto de la clase en el sentido de su trágica marginación en el marco de la acción social. Pese a la creciente industrialización, no se aprecia "la correspondiente transformación no violenta de las masas en clases". Una de las razones, entre otras muchas características de América Latina, es, al parecer, la misma naturaleza de la tecnología, muchas veces importada. La misma no absorbe el desempleo en el mismo grado que ocurriera en los momentos de la revolución industrial inglesa, por ejemplo. Ello ocurre precisamente por la naturaleza más avanzada de la automatización.

Se impide así aquella transformación en clases. Por lo mismo, la urbanización es generalmente una mera aglomeración de masas, grupos completamente marginados de toda participación en los procesos